EL

PODER TEMPORAL

DEL

VICARIO DE JESUCRISTO

POR

HENRY EDWARD MANNNING, D.D.

TERCERA PARTE LECCION 2

Primera Traducción al español de la
Segunda Edición con Prefacio, del año 1862
por:

Laura Elena Flores

LECCION II

> "¿Por ventura no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas y entrase así en su gloria? – San Lucas xxiv. 26.

AUN los amorosos y fieles corazones de los discípulos fueron asombrados y oscurecidos por la Pasión de Jesús, que no supieron que Su reino se cumplía. Cuando buscaron el esplendor y la majestad de Su poder, se encontraron con Sus humillaciones y Su Cruz; y por lo tanto, no le conocieron cuando Él se les manifestó. Ellos le buscaban de una forma, y Él se mostró en otra. Dijeron, "Esperábamos que fuera Él quien redimiera a Israel," y ahora ha sido crucificado, y aún su lugar de entierro está vacío. Y nuestro Divino Señor les respondió, "¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron ya los profetas! ¿por ventura no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas?" ¿Qué no había una ley de necesidad? ¿Qué no fue predestinado? ¿Qué no fue profetizado? ¿Qué no había una conveniencia intrínseca en que Cristo sufriera estas cosas, "y entonces," – por este medio y no por ningún otro, por medio del sufrimiento y no por el de la gloria – entrara en Su reino?

Esto, pues, es la suma de lo que ya he dicho. La Iglesia de Dios, estando unida a su Cabeza, participa de los mismos destinos en tiempo y en eternidad, en la tierra y en el cielo. La Iglesia en la tierra comparte de la Pasión del Hijo de Dios. El Apóstol dice que cumplía "en mi carne lo que resta que padecer a Cristo"* en la carne de Su Cuerpo, que es la Iglesia. Y los sufrimientos que deben cumplirse sobre la tierra por todo el cuerpo místico de Cristo caen eminentemente, no diré que exclusivamente, pero enfáticamente, sobre su Cabeza, sobre la línea de los Soberanos Pontífices. Recordarán que ya hemos visto como toda la historia de los Pontífices sobre la tierra ha sido una historia de sufrimiento, de ansiedad y de conflicto; como por usurpación perpetua y opresión perpetua el pueblo sobre el cual reinaban ha sido dividido y acosado, el territorio que poseen

* Col. i. 24.

ocupado y devastado; y cómo, por una serie de restauraciones perpetuas, la mano de Dios ha intervenido para restablecer el orden que Él mismo ha creado. En Su reino hay una perpetuidad, no solo en sus elementos espirituales, sino en todas esas formas complejas de poder que Él, por operación directa e indirecta, ha entretejido. Toda la soberanía de la Iglesia, espiritual y temporal, tal como es en este momento, es la obra de Dios, y, como obra de Dios, perdurará por siempre.

El punto, pues, que ahora deseo presentarles es este – cuán difícil es para nosotros el apreciar los tiempos en que vivimos. Nuestra creencia debe ser, de acuerdo a la analogía de toda la actividad de Dios, que las últimas glorias de Su Iglesia sobre la tierra serán mayores que las primeras. Y aún, tal vez, quedemos perplejos al comprender como esto puede ser verificado. Vemos el estado presente de la Iglesia en el mundo, y todo se ve negro ante nosotros. La razón es esta, que es difícil para nosotros prever y comprender los días en que estamos. Como no podemos medir la moción por la que se nos lleva, como ningún hombre, tal vez, conozca su propio rostro, o tenga conciencia de su propia estatura, así es con los tiempos que están sobre nosotros. Los males llenan todo nuestro campo de visión. Parecen ser tan vastos y tan abrumadores, y aquello que es bueno es tan escaso y difícil de encontrar; porque los males están presentes en el poder, pero el bien es generalmente germinal y para el futuro. Por lo tanto es necesario que se conozca el presente por retrospectiva. Y los mejores tiempos y los más gloriosos son a menudo aquellos que se miran más oscuros cuando están cerca. Los días, pues, que están sobre nosotros ahora, aunque se divisen sombras pesadas y nubes negras sobre el horizonte, serán sin duda en adelante gloriosos para los que los miren de lejos. Y puedo decir sin temeridad que serán más gloriosos que aquellos sobre los que leemos en la historia de la Iglesia.

Para poder mostrar esto, deseo examinar, tan brevemente como pueda, ciertos otros periodos de la historia que vemos como periodos de especial gloria, y para mostrar que fueron momentos, que aquellos que vivieron en ellos los vieron como tiempos de gran oscuridad, sufrimiento y tribulación, colmados con males conocidos y desconocidos para el presente y para el futuro.

Primeramente, veamos los tiempos del primer y gran San Gregorio, a quién se le adjunta el nombre de Magno, porque en su propia persona parecía sumar las glorias de la Iglesia sobre la tierra. Primero, fue santo, brillando con el resplandeciente esplendor de una singular santidad, un sol en el firmamento de la Iglesia. Luego, era doctor, el último de las cuatro grandes luces, a quien la Iglesia le dio esplendor como a ningún otro. Hay cuatro Evangelios, y hay cuatro doctores – cuatro luces posicionadas en las cuatro esquinas de la Iglesia. También fue el apóstol de las naciones; Inglaterra le debe su Cristianismo; y toda la raza Anglo-sajona que continúa fiel a la Santa Sede hasta este día por todo el mundo son los hijos e hijas de San Gregorio Magno. Por último, fue un patriarca, reinando con una influencia parental especial, reinando sobre los veintitrés patrimonios de la Santa Sede con una autoridad tan benigna y dulce, tan llena de prudencia evangélica y del Espíritu de Dios que moldeó a su voluntad los corazones de los hombres, y por amor y la ley de Jesús asentó los cimientos del orden Cristiano que se difunde por el mundo. Recordamos entonces los tiempos de San Gregorio como tiempos de especial gloria.

¿Pero fueron así en realidad? Roma fue desolada por la pestilencia; por siete meses la Santa Sede estuvo vacante;* Pelagio, el último Pontífice, murió de la plaga; las procesiones que salían a las calles fueron tan abatidas por la plaga que en medio de una ceremonia sagrada, en una sola, ochenta hombres cayeron muertos. En dicho momento fue, cuando Roma estaba plagada y desolada, que San Gregorio ascendió al trono del Apóstol. Y cuando miró a su alrededor ¿qué fue lo que vio? ¿Era el mundo Cristiano lo que vemos en estos días? En Oriente, una vez lleno de la luz de la fe, las grandes iglesias orientales de Asia fueron arrasadas por dos herejías dominantes, la Eutiquiana y la Nestoriana. Su veneno se había propagado hasta China. El espíritu del cisma ya se había apoderado de Constantinopla, y los emperadores de Oriente se habían convertido en predecesores de los Anticristos imperiales de la Edad Media. Los patriarcas de Constantinopla habían comenzado a adoptar el arrogante titulo que San Gregorio denunció como usurpación del Anticristo. Rusia no

* Bolland. Acta Sanctorum, 12 die Martii. Palma, Prælect. Hist. Eccl. C. lxvi.

existía. Noruega y Suecia eran desconocidas entre las naciones. El paganismo lo cubría todo. España era Arriana, y perseguía a la Iglesia Católica. Inglaterra había recaído en el Paganismo; la luz de la fe se había apagado; el paganismo de los Sajones y los Daneses reinaba sobre ella. Lombardía era Arriana, y los Lombardos arrasaron Italia hasta las murallas de Roma.

Tal era el mundo sobre el cual San Gregorio reinó y penó. Su vida, como la de el profeta Jeremías, fue una incesante lamentación. Quien lea sus cartas y sus exposiciones sobre las Sagradas Escrituras, encontrará el perpetuo estrago de su duelo por la desolación de Roma y la muerte del mundo. Dice: "Roma ha sido arrasada; su estructura disuelta. No solo su gloria sino su vida se ha marchado. Morimos a diario. Duelo y pena están por todos lados. Corremos tras el mundo y el mundo huye de nosotros. Nos le aferramos, y se va."* Creía que el fin de todo había llegado. Así fueron en sus ojos los tiempos en que, vistos bajo la despejada luz de la historia, la gloria nos es tan grandiosa y esplendida.

Pasemos unos doscientos años, y llega otro periodo de grandiosidad Cristiana, la era de San León III; de quién concebimos, que debió haber sido en verdad majestuoso e imponente, quien podía crear un emperador y un imperio – un imperio colmado de la Europa moderna. Y, ¿qué debió haber sido el árbol que arrojó tal semilla que contenía la nobleza de un bosque? No podemos ni imaginarnos qué tan vasto debe haber sido el poder de un tal Pontífice, y qué tan espléndido, y fuera de toda proporción a estos últimos tiempos, debe haber sido la época en que él vivió. Pero, ¿cómo fue en verdad?

San León vivió en una era en que el Mahometanismo se había ya hecho de tres grandes Patriarcados Orientales: Jerusalén, Antioquía, y Alejandría estaban en manos del falso profeta. Las Iglesias Orientales habían caído bajo la oscuridad de los infieles. África septentrional había sido barrida por ellos. Quinientas sedes episcopales, se dijo, fueron totalmente derrocadas. Las Iglesias de San Cipriano y de San Agustín y de San Optato fueron tomadas por el Anticristo Oriental. El Mahometismo

* Hom. In Festo SS. Nerei et Achillei.

había penetrado en España; había entrado por el sur, y estaba abarcando la Cristiandad. El Paganismo de Alemania había irrumpido por el Rin, y entrado a Francia.* Lombardía aún usurpaba el patrimonio de la Iglesia, y facciones civiles estaban en la misma Roma. San León fue atacado en medio de una procesión sagrada, cuando, en el día de San Jorge, iba de San Lorenzo en Lucina a San Jorge en Velabro, por una banda de asesinos.Ṫ Cayeron sobre él y le despojaron de sus túnicas pontificias; lo hirieron y arrastraron violentamente a prisión. Tales fueron los tiempo en los que él vivió, y tal fue la causa por la que invocó la ayuda de Carlomagno, en cuya ceja en el día de la Natividad colocó la diadema del imperio. Nos imaginamos a Carlomagno de pie en San Pedro, sobre la tumba del Apóstol, vestido en túnicas imperiales, y San León, más grande que él, de pie junto a él, el Soberano Pontífice y Vicario de Jesucristo, otorgándole la diadema del mundo en medio de una corte de esplendor y majestad, como hemos visto en estos días de poder y paz. No fue en medio de solemnidades navideñas, sino de humillación, tumulto y ataque personal, que este gran acto del mundo Cristiano fue hecho. Los días eran más oscuros que los nuestros, cuando la gran Cabeza de los Fieles arrojó la semilla a un nuevo orden, y los cimientos de la Cristiandad fueron echados.

Tomemos, entonces, otro periodo – el de San Gregorio VII – unos dos o trescientos años después. Nos lo imaginamos como historiadores – especialmente aquellos que no tienen la luz de la fe – se aficionan en dibujarlo en la majestad y elevación de su poder soberano, reposando en la fortaleza de Canosa, mientras un Emperador de Alemania esperaba del otro lado de la cerca en los Apeninos nevados, toda la noche, hasta que al Pontífice le complació absolverlo de las censuras de la Iglesia. Imaginamos que San Gregorio estaba entonces en la cúspide de su grandeza y la plenitud del poder, y ejercía una influencia sin límites sobre la Iglesia de Dios y las naciones del mundo. Pero esos tiempos fueron tiempos de conflicto mayores que ninguno otro antes. En el justo momento cuando

* Ranke, Historia de los Papas, libro i. c. i. s. 2.
Ṫ Bolland. Acta Sanctorum, 12 die Junii.

ascendió al trono de los Apóstoles, la Iglesia estaba, en cada parte de Europa, gimiendo bajo la opresión de los poderes civiles. Doscientos años han pasado desde esa Navidad – día en que San León había creado el imperio. Monarquías y estados se han alzado en Europa Occidental. En cada uno de ellos los que han gobernado en el orden civil se volvieron opresores de la Iglesia. En cada lugar usurparon el poder eclesiástico, y compitieron con la Santa Sede. Los territorios del Estado Eclesiástico estaban en tal condición que solo puedo describirlo en las palabras del mismo San Gregorio. En una carta al Abad de Cluny, de cuyo monasterio él había sido monje, dice:

> *"Gregorio, Obispo, siervo de los siervos de Dios, a Hugh, Abad de Cluny, salud y bendición apostólica."*

Si puede ser, deseo que usted sepa bien cuan grande pena me presiona, y cuan grande peso, renovado día a día, pesa sobre mí; que su compasión fraterna se incline hacia mí, y que su corazón y sus lágrimas se derramen ante Dios en oración, que Jesús, que se hizo pobre por nosotros, por quien todas las cosas fueron hechas, y que reina sobre todas las cosas, extienda Su mano, y con Su acostumbrada bondad me libre de mi miseria. Pues a menudo le he rogado, como me lo permite, que me lleve de esta presente vida o que me haga útil a nuestra Madre en común: sin embargo Él no me ha librado de esta gran angustia, tampoco mi vida ha beneficiado a la Iglesia, en el vínculo al cual me ha unido. Porque un dolor abrumador y una pena general me rodea por cada lado. La Iglesia Oriental, por instinto del Demonio, se ha rebelado de la Fe Católica, y en sus miembros el viejo enemigo por todas partes les da muerte a los Cristianos. Cuando veo hacia el Occidente, o hacia el sur, o el norte, apenas puedo ver a un Obispo que por su entrada en el Episcopado, o por su vida, sea como los Cánones lo demandan: gobernando al pueblo Cristiano por amor de Cristo y no por ambición mundana; y de entre todos los príncipes seculares, ni uno que prefiera el honor de Dios al suyo propio, o justicia que ganar, yo lo sé. Y de la gente entre la que vivo – me refiero a los romanos, los lombardos y los

normanos – como les digo a menudo, son de alguna manera peor que los Judíos y los Paganos.*

Al ascender al Trono Apostólico, encontró tres grandes males devastando a la Iglesia. La primera era la inmoralidad y la simonía en los lugares más altos; la siguiente era la supremacía del poder temporal sobre el espiritual; y la tercera – mucho más penetrante, y mucho más sutil – fue el reclamo de los poderes civiles para darles investidura aun a las funciones espirituales con anillo y báculo; osea, reclamar para sí mismos la fuente de autoridad sobre la Iglesia de Dios. Tan pronto como puso su pie sobre el trono, emitió sus decretos de santa indignación; y en el momento en que esos decretos fueron emitidos se encontraron con la oposición por todos lados. Al escribirle a nuestro Arzobispo Lanfranco de Canterbury, dice, "Para escapar los juicios de Dios, debo encontrar una multitud de enemigos, y traerlos sobre mí."**

Esos decretos de reforma fueron vistos en Francia con tal rechazo que todos los Obispos del reino excepto dos fallaron en su fidelidad. Estos dos fueron Rouen y Poictiers, sobre los cuales una gracia hereditaria parece aún descansar. Le escribió a los Obispos de Francia con estas palabras:

"Si en este gran y necesario deber les encontramos tibios, al momento, sin tener duda de que el rey, apoyado en la confianza en ustedes, persiste incorregiblemente, les azotaremos, como los compañeros y cómplices en su pecado, con un castigo igual, y serán despojados de su función episcopal." Ṫ

En Inglaterra, en el Concilio de Winchester, el Arzobispo estuvo solo. En Alemania, el Arzobispo de Metz transigió. En España, el legado papal fue insultado. En Roma, los prelados simoniacos, siendo suspendidos, inmediatamente se unieron a las facciones de los nobles. Luego comenzó la impugna. Toda la vida de Gregorio fue una vida de guerra; sin pausa ni tregua hasta la muerte. En la noche de Navidad acababa de celebrar la primera Misa de la Natividad, y distribuido el precioso Cuerpo y Sangre de

* Epist. San Gregorio VII, lib. Ii. ep. Iv., ed Migne.
** Epist. San Greg. VII pars ii. Ep. i.
Ṫ Ibid. ad Episcopos Francorum, lib. Ii. Ep. V., ed. Migne.

Jesús a aquellos cerca de él cuando una facción armada irrumpió en la iglesia, lo arrastró desde el altar, le despojaron de sus vestiduras pontificias, aún de las del Santo Sacrificio, le hirieron con una espada en la cabeza y se lo llevaron a prisión. Tales fueron los primeros frutos de su fidelidad a su Divino Maestro. Tras esto, en exilio anduvo errante de aquí a allá y terminó por fin una larga vida de dolor sobrenatural en Salerno, diciendo, "He amado la justicia y odiado la iniquidad, y por lo tanto muero en el exilio."* Así fue el gran San Gregorio VII a quien vemos como el más glorioso de los Pontífices de la Edad Media. Sus días fueron días de oscuridad, y nubes y tormentas le rodearon. Muchos hombres sobre él creyeron, o temieron a lo menos, que estaba, si no en el lado perdedor, al menos condenado a sufrir en vano. Lo vemos ahora como el gran Pontífice que sometió al imperio, y purificó el santuario de la Iglesia.

Luego, un poco más después, tomemos el periodo de Alejandro III que se nos describe en la historia montando su palafrén con un rey de Francia y un rey de Inglaterra por cada lado; o en conferencia con el emperador en Venecia, y recibiendo su completa concesión y reconocimiento de las gran prerrogativas por las cuales San Gregorio VII había combatido y sufrido. Investimos a Alejandro III con un exceso de majestad, con todos los atributos del esplendor pontificio, y suponemos que fue la cabeza de todos los poderes del mundo, y sus días como días de imperio y no de conflicto.

Pero, ¿cuál es la verdad?

Tan pronto como fue electo, un anti-Papa fue creado por el emperador. El mismo poder le ocasionó ser encarcelado en el mismo día de su elección. No pudo ser consagrado con las solemnidades usuales de los Pontífices, pero fue consagrado en una parroquia. Fue obligado a abandonar la ciudad de Roma y buscar refugio en Terracina y Anagni y Tusculum. A partir de entonces, por siete años, anduvo errante de aquí a allá; su vida la pasó en solitario conflicto con todos los poderes del mundo

* Voigt, Hist. Du Pape Grég. VII, liv. Vi. Vol. xii.

desplegados contra él. Por esos días, el Mahometanismo había ya barrido todo alrededor del sur, y reinaba en España. Parecía como si el poder del anticristo estuviera a punto de destruir la Cristiandad. El cisma de Oriente ya se había auto realizado. Constantinopla estaba finalmente separada de la Santa Sede; los cuatro Patriarcas Orientales estaban bajo el dominio del cisma o del Mahometanismo. Italia era arrasada por el emperador que apuntaba a establecer el antiguo imperio Romano en la base de sus leyes imperiales antiguas. Roma estaba dividida en dos partidos rivales – los nobles y el emperador afanándose con esclavizar a la Iglesia, el Pontífice y el pueblo reivindicando la libertad y la soberanía de Jesucristo. Era la antigua rivalidad, el Pontifex Maximus de la Roma pagana contra el Supremo Pontífice, el Vicario de Jesús. La sociedad civil de Italia estaba llena de facciones perpetuamente rivalizadas. Había la facción de los sediciosos en Roma, estimulados por influencia extranjera, y de los partisanos imperiales, apuntando al reino de Italia. Y había solo un obstáculo en el camino, y ese obstáculo fue entonces en el siglo 12, lo mismo que aún en el 19. Roma sola se posicionó en su camino;* no porque Roma fuera fuerte, porque sus paredes se derrumbarían antes del primer golpe de guerra, sino porque Roma era una fundación Divina, y es el centro de los principios Divinos y la fuente de poder divino. Porque Roma es la cabeza de la Iglesia de Dios, y porque Roma controla las conciencias, los corazones y las voluntades de los hombres y naciones, por lo tanto, Roma no le pertenece a los romanos si no a los Cristianos. La Cristiandad no recibiría a un imperio pagano; y el Pontífice de la Iglesia de Dios es fuerte, porque representa la soberanía del Hijo de Dios y de todo el cuerpo místico del Hijo de Dios, que se rehúsa a estar sujeto al mundo. La rivalidad fue la misma entonces como ahora, y será hasta el final.

El último periodo que tomaré es el de Clemente VII. Nos acercamos pues a nuestros propios tiempos. El esplendor del Pontificado de los últimos trescientos años tanto llena nuestras mentes, que concebimos, tal vez, que en el tiempo de la tal llamada Reforma, el poder y la majestad de

* Ranke, Historia de la Reforma, Introd. p. 57.

la Santa Sede no estaban nublados como lo están en nuestros días. Pero ¿cuál es la verdad? Primeramente, para entonces el Mahometanismo no solo había poseído Constantinopla, sino penetrado casi hasta las murallas de Viena. Los turcos se cernían sobre la Cristiandad; tanto que por ochenta años parecía como si fueran a extinguir la luz de la Cristiandad. Las costas de Italia y el Patrimonio de la Iglesia fueron acosados por ellos. Recuerden cómo el gran San Pio V logró con sus plegarias el último derrocamiento del Anticristo Oriental. Hasta este momento, los peligros, los ataques del Mahometanismo sobre la Cristiandad se cernían perpetuamente. Las naciones de Europa, orgullosas de su nacionalidad por doscientos años de cisma, a veces perfectamente realizada y siempre amenazada, estaban celosas y llenas de desobediencia hacia la Santa Sede. En Inglaterra, Enrique VIII perpetró el primer acto de separación en tiempos de Clemente VII. Lutero había comenzado a propagar su herejía. Había penetrado por toda Alemania hacia Suiza e Inglaterra y parcialmente hacia Francia y España. La condición de Italia parecía desesperanzadora. Los emperadores de Alemania enviaron un ejército contra la ciudad de Roma para asediar al Padre de los Fieles; y en ese momento las facciones de Roma, dirigidas por los Colona, una de las principales familias, por la fuerza de las armas, llevaron al Papa hacia el Castillo de San Ángelo, y asumieron el gobierno de la ciudad. En este estado, el Papa fue reducido a la última condición de angustia, en un tiempo cuando pensamos que estaba en el zenit del poder. El ejército del emperador vino, soltando amenazas y masacres contra los discípulos de Jesucristo. Uso las palabras intencionadamente; pues que leemos que a un noble alemán, uno de los líderes en la marcha, dijo, "Si voy a Roma, tomaré la vida del Pontífice," en un lenguaje que por su vileza no repetiré. Pero Dios lo marcó con su destino.* Nunca puso pie en Roma porque una apoplejía le abatió por cierto. El constable de Borbón, de una escalera que había puesto contra las murallas, cayó de igual manera. Por nueve meses, la ciudad fue saqueada, y nos dicen los historiadores de todo tipo, Católicos y no Católicos, que Roma nunca sufrió bajo los Góticos, Vándalos, o Lombardos, ni humillaciones ni horrores iguales a aquellos de ese periodo.

Ningún estado, ni edad, ni condición, ni sexo fue perdonado por los horrores de ese tiempo. Y esto sucedió en el tiempo de la Reforma, cuando el Mahometanismo estaba en su máximo poder, cuando la herejía de Lutero ya predominaba en la mayor parte de Europa del norte. Italia estuvo casi por completo en las manos del poder secular. Roma estaba desolada. ¿Qué podría ser más oscuro que esto? Y aún así este fue el tiempo cuando el preludio del gran Concilio de Trento se preparaba; las primeras preparaciones fueron hechas por ese Gran Sínodo que le ha dado al Pontificado y a la Iglesia de Dios un esplendor e influencia no solo por autoridad y disciplina, sino por las persuasiones de amor, convicción y razón, que excedían a todo lo que el mundo había visto hasta entonces.

No puedo hacer más que abordar estos cinco periodos de oscuridad que vemos como periodos de incomparable gloria. Y fueron periodos de gloria mayor de lo que podemos concebir; puesto que no sabemos hasta que leemos la historia con la interpretación y luz del futuro, cuán divino era el poder de la Santa Sede en esas grandes contiendas.

De todo esto extraigo ciertas verdades plenas. Primeramente, que estos tiempos fueron oscuros más allá de lo que hoy vemos. Fueron tiempos de antiguas y nuevas herejías. Fueron tiempos cuando se levantó la mayor herejía que haya afligido a la Iglesia de Dios – quiero decir, aquella que está hoy sobre de ella; porque no ha habido ninguna tan extensa, tan diversa, tan hostil, tan universal en su negación de la revelación de Dios. Fueron épocas en que había también cismas antiguos y nuevos; cuando el Extremo Oriente se separó y los Patriarcas de Oriente desaparecieron. Fueron las épocas en que Mahoma apareció, cuando el gran Anticristo de Oriente se alzó y casi poseyó todo el mundo. Fueron las edades en que el poder secular se alzó contra la Iglesia de Dios y se inmiscuyó en toda la vida y acción del orden eclesiástico, con una opresión que ahora es cuestión de historia; porque no la encontramos por ningún lado excepto persistiendo en algunos países Protestantes, principalmente en Inglaterra.

* Ranke, Historia de los Papas, b. i. c. 3.

Fue la edad también cuando los Estados de la Santa Sede estuvieon una y otra vez bajo la posesión de usurpadores. Durante esos cinco periodos fueron perpetuamente devastados y odiados por los Lombardos, o los húngaros o los emperadores de Alemania, o las facciones de los nobles de Roma.

¿Qué podría ser mas oscuro que estas épocas del pasado? Sin embargo los vemos ahora como los tiempos más luminosos y gloriosos en los anales de la Iglesia.

Permítanme una conclusión más. Si estos días son tiempos de tribulación para la Iglesia de Dios en la tierra; si la Santa sede será socavada y amedrentada; y si la fidelidad de las naciones Cristianas muestra ser inestable – ¿Qué hay en esto que no hayamos visto anteriormente, y lo visto excede aún más, podría decir, hasta mil veces? Nunca hasta ahora fue el poder de la Iglesia tan propagado; o que ocupara las cuatro esquinas del mundo, y penetrara las razas paganas, y poseyera casi todo el circuito de la humanidad. Nunca hubo un tiempo en que el Pontificado del sucesor de San Pedro fuera más amplio, más universalmente reconocido y amado, o más firmemente sostenido por las plegarias y los corazones de todo el mundo Cristiano. Nunca hubo una vez en que el Pontificado fuera más ilustrado por tales actos de poder apostólico, la creación de nuevas jerarquías, y la definición de la gloria de nuestra Inmaculada Madre. Nunca hubo un tiempo en que la firmeza de la Santa Sede fuera más imperiosa o la persona del Santo Padre, aún a los ojos del mundo, más intachable. Tenemos razón para avergonzarnos de cada hombre que ha participado en esta contienda contra la Iglesia de Dios. Emperadores y reyes, príncipes y hombres de estado, por igual, cada uno que haya movido ya sea la lengua o una mano contra la Santa Sede, se ha empañado y humillado a sí mismo. Pero el Soberano Pontífice está en la luz sin nubes. Podría preguntar, ¿qué hay en el Pontificado que no sea grandioso hoy – que no será glorioso después? Pero en esto no me detendré. Resumiré todo en un principio: que aquello que parece débil en el presente, estará colmado de victoria de aquí en adelante.

El periodo de San Gregorio I fue una época de poder apostólico en la conversión de las naciones.

El periodo de San León III fue una época de creación y la Europa Cristiana nació en ella.

El periodo de San Gregorio VII fue una época de purificación que alcanzó la vida más interna de la Iglesia de Dios.

El periodo de Alexander III fue una época de supremacía sobre los poderes del mundo, que habían usurpado los poderes de la Iglesia.

El periodo de Clemente VII fue una época cuando el Pontificado de Jesucristo, en la persona de Su Vicario, fue más que nunca desplegada y resplandeciente a los ojos de los hombres. Es una gloria que continua constante hasta esta hora.

Y por lo tanto podemos creer que el periodo en el que vivimos tendrá un futuro. Veo que esos periodos se han acumulado uno sobre otro, que las glorias del primero viven en el segundo, del segundo en el tercero, del tercero en el cuarto y así sucesivamente. Todas las glorias antecedentes que encontramos siguen sobre ella. También veo, otra ley – que estas glorias se levantan, aumentan y culminan. Siempre crecen más amplias con el pasar del tiempo. Y en esto tenemos una ley establecida, a saber, que el futuro será más glorioso que en el pasado, y que las glorias de la Santa Sede serán mayores que las primeras. Saben que la revolución – esto es, el levantamiento de los hombres sin Dios, unidos para destronar al Vicario de Jesucristo – aumenta, se multiplica, se agranda por toda Europa. Viene del norte como el Mahometismo vino del sur – expandiéndose por toda la línea y abarcando el norte de la Cristiandad como el Mahometismo rodeó el sur. Pero así como el Mahometismo tuvo su batalla de Lepanto, así ciertamente la revolución dirigida contra el Vicario de Jesús tendrá su derrocamiento. ¿Cuándo, de qué manera, dónde o por quién? No lo sé; pero así será. Y la Iglesia de Dios permanecerá inmovible entre las ruinas. Y esta confianza se funda no sobre la historia humana, no sobre las opiniones de los hombres. Los poderes de Dios, que lanzó a los planetas en la impetuosidad de su carrera, también los controla por otra ley de sabiduría, y los guía perpetuamente en su camino certero. Se caerían al espacio infinito si no fueran sostenidos en el dulce control del orden perpetuo, que manifiesta la gloria y la sabiduría de Dios. La impetuosidad del hombre devastaría la

tierra, si no hubiera una voluntad superior para controlar su acción. Sobre la voluntad del hombre está la voluntad de Dios. “Se han embravecido tanto las naciones y los pueblos maquinan vanos proyectos. Hanse coligado los reyes de la tierra; y se han confederado los príncipes contra el Señor y contra Su Cristo.”* Pero hay una voluntad sobre todas, prescribiendo su camino. No pueden desviarse ni a la derecha ni a la izquierda. Dios está por encima de todos. Sus predestinaciones son eternas, y el tiempo llegará en que Él las lleve a cabo. Esta es nuestra confianza – una confianza en verdades y principios que son inmutables por virtud de su propia intrínseca certeza; deben ser cuando el tiempo llegue. No pueden fallar pues son divinas. “El cielo y la tierra pasarán, pero Mis palabras no pasarán.”Ṫ

---

* Salmo ii. 1, 2.

Ṫ San Marcos xiii. 31.